

Rob Thomas y Jennifer Graham

veronica **MARS**
EL CONCURSO DE LOS MIL DÓLARES

Traducción del inglés
Carmen Torres y Laura Naranjo

 NOCTURNA
EDICIONES

Título original: *Veronica Mars: The Thousand-Dollar Tan Line*
Publicado en Estados Unidos por Vintage Books, un sello de Random House.
Basado en los personajes de la serie *Veronica Mars*, de Rob Thomas.

© de la obra: Rob Thomas, Warner Bros. Entertainment Inc. y Alloy
Entertainment LLC, 2014

© de la traducción: Carmen Torres y Laura Naranjo, 2015

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.
c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid
info@nocturnaediciones.com
www.nocturnaediciones.com

Primera edición en Nocturna Ediciones: octubre de 2015

Preimpresión: PARIMPAR, S.L.

Impreso en España / *Printed in Spain*
Imprenta Kadmos, S.C.L.

Código IBIC: YFB
ISBN: 978-84-944243-0-4
Depósito Legal: M-28172-2015

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

A todos los patrocinadores de Veronica Mars que contribuyeron a través de Kickstarter. Sois como la gente que aplaudió con el entusiasmo necesario para devolver a la vida a Campanilla, salvo que, en vez de aplaudir, enviasteis dinero. Y, en lugar de a una diminuta hada rubia, resucitasteis a una diminuta detective rubia.

Rob Thomas

PRÓLOGO

Los autobuses comenzaron a arribar a Neptune, California, a última hora de la tarde del viernes y no pararon hasta el lunes. Llegaban polvorientos, con los parabrisas salpicados de insectos muertos y de fisuras producidas por piedrecillas descarriadas en medio del caos de la interestatal. Estacionaban a lo largo del paseo marítimo y permanecían temblequeando, acompañados de un murmullo reprimido, estremeciéndose como perros que esperaran una orden.

Sus rutas trazaban una red arterial que conectaba la pequeña ciudad costera con todas las ciudades universitarias del oeste de Estados Unidos. Con Los Ángeles y San Diego; con la bahía de San Francisco y el área metropolitana de Riverside, San Bernardino y Ontario; con Phoenix, Tucson y Reno; con Portland y Seattle; con Boulder, con Boise e incluso con Provo. En las ventanas se descubrían caras iluminadas y expectantes pegadas al cristal.

Una tras otra, las puertas plegables de los autobuses se abrían formando un gran estrépito y los estudiantes invadían las calles. Echaban un vistazo a la arena y a los surfistas, a las atracciones iluminadas a lo largo del paseo marítimo y a las bebidas XXL. Algunos habían terminado sus trabajos trimestrales la noche anterior;

otros se habían pasado la noche en vela estudiando para los exámenes. Y de repente despertaban en aquel lugar de ensueño que se materializaba ante sus ojos como por arte de magia para su propio disfrute, así que no tardaban en inundar la ciudad en medio de gritos y carcajadas. Trastabillaban por las calles, borrachos como cubas, confiando en que la magia que los había llevado hasta allí evitase las caídas.

Y, durante tres noches, así fue.

* * * *

El miércoles por la mañana, la ciudad costera que por la noche deslumbraba parecía... de lo más mundana. Y no sólo mundana, sino *sucia*. En las juntas de las aceras se concentraban charcos de cerveza y de los callejones salía el fétido olor de los contenedores llenos a rebosar. Los portales y los arbustos estaban salpicados de condones usados con formas fantasmales y la calle estaba cubierta de cristales rotos.

El motel Sea Nymph permanecía en un silencio sepulcral cuando Bri Lafond, de dieciocho años, entró dando un traspié. Casi todos los huéspedes eran estudiantes que disfrutaban de sus vacaciones de primavera. La fiesta no había empezado hasta primera hora de la tarde. Había estado de marcha en las afueras de la ciudad y, para cuando la *rave* se vino abajo a las cuatro de la madrugada, no fue capaz de coger un taxi. Estaba tan colocada que pensó que volver caminando al hotel era una idea factible. Cuando llegó, muerta de cansancio,

atravesó a duras penas el patio lleno de arena y se dirigió a la habitación que sus tres mejores amigas de la Universidad de Berkeley y ella habían alquilado. Era una de las más baratas que habían encontrado; daba a los contenedores de basura del aparcamiento, pero, ahora que trasteaba en la cerradura con el único objetivo de dejarse caer en las dos camas de matrimonio que llevaban compartiendo toda la semana, eso era lo de menos.

Las persianas de la habitación estaban subidas, permitiendo que se colara un pálido rayo de luz. Leah yacía atravesada en la cama con la cabeza enterrada bajo una almohada, aún con el vestido de lentejuelas de la noche anterior. Tenía las piernas magulladas y manchadas de tierra. Melanie estaba sentada con la espalda apoyada en el cabecero de la cama dando sorbitos de un vaso desechable de Starbucks. Llevaba unas bermudas surferas y la parte de arriba de un biquini; tenía el pelo, largo y rubio, enredado y churretes de maquillaje en los ojos. Cuando oyó que se abría la puerta, volvió la cara.

—Tengo clase de surf dentro de media hora y todavía estoy borracha —anunció. Miró a Bri, haciendo un gran esfuerzo por centrar la vista—. ¿Dónde has estado? ¡Vaya pinta traes!

—Muchas gracias. —Bri se agachó para desabrocharse las botas; los pies le iban a reventar—. ¿Dónde está Hayley? ¿También haciendo surf?

—No la he visto. —Melanie cerró los ojos y apoyó la cabeza en la pared.

Bri se quedó petrificada, con una bota quitada y la otra todavía aprisionándole los dedos. Alzó la vista.

—¿Desde cuándo?

—Desde... desde la fiesta del lunes, supongo. —Melanie abrió los ojos y frunció el ceño—. Mierda.

Bri parpadeó y se sacó la otra bota de un tirón. Saltó a la cama y le dio un toquecito a Leah en el hombro.

—Eh, Leah, despierta. ¿Viste ayer a Hayley?

Leah dejó escapar un gruñido desde debajo de la almohada. Luego se hizo un ovillo y se protegió la cabeza con un brazo. Melanie y Bri pasaron unos cuantos minutos pinchándola y murmurando su nombre hasta que al fin retiró la almohada y las miró con los ojos medio pegados.

—¿Hayley? No desde la... la fiesta del lunes.

Una sensación de vacío y desolación se apoderó de cada recoveco del cuerpo de Bri. Revisó los mensajes del móvil. No tenía ninguno de Hayley desde el lunes por la tarde. «Esta noche me han invitado a una fiesta en una MANSIÓN. ¿Quieres venir?».

Había pasado tres horas arreglándose. Hayley se había puesto un vestido ajustado y superescotado, muy impropio de ella, que mostraba kilómetros de pierna suave y bronceada. No dejaba de insistir en que estaban monísimas. Un tío que la había convidado a un Mai Tai en el Cabo Cantina la había invitado y le había dicho que se llevara a sus amigas más guapas.

Todas se habían apuntado y habían recorrido una tortuosa carretera privada, donde un par de seguratas cachas las habían dejado pasar. La casa era amplia y moderna, una estructura escultural en forma de cubo. Todas las habitaciones emanaban luz y lujo. Melanie se mezcló con la

multitud al instante meneando las caderas al ritmo de la música. En la cocina, Leah atisbó a uno de su clase de Biología y se fue con él. Hayley y Bri se abrieron paso hasta el patio trasero para reconocer el terreno. Una enorme piscina de color aguamarina resplandecía a sus pies y, más allá, la playa se extendía como una sombra a la luz de la luna.

Los ojos de Hayley brillaban, reflejando las radiantes luces de colores del patio. Durante todo el fin de semana se había debatido entre la tristeza y una actitud desafiante y huraña. Lo mismo lloraba que un minuto después le soltaba a una de sus amigas: «Chad no va a decirme lo que puedo o no puedo hacer. ¿Quién se cree que es?». Su novio y ella habían roto por enésima vez, pero aquella noche Hayley parecía alterada. Daba la impresión de haberse desprendido de todo el desamor que le agobiaba cual pesado capullo y haberse quedado como nueva. Bri y ella se habían lanzado a la masa de cuerpos en pleno baile y, durante un rato, las vibraciones de la música despejaron todos los pensamientos de su cabeza. Perdió la noción del tiempo, del número de bebidas que se pimpló... y de sus amigas.

Ahora Bri recordaba haber visto a Leah haciéndose rayas de coca en una mesita de café antigua y sujetándose la larga melena color miel a un lado del cuello mientras se inclinaba sobre ella. Recordaba que unas manos le habían recorrido las caderas y que una voz masculina le había farfullado que estaría más guapa si se dejara el pelo largo. Recordaba fognazos de Hayley acercándose a un chico vestido con un traje blanco que le sentaba como un guante, unos ojos sensuales de largas pestañas y unos morritos insinuantes para susurrarle algo al oído.

Después de eso, todo eran lagunas. A la mañana siguiente se había despertado en una tumbona junto a la piscina del hotel temblando por el frío de las primeras horas del día y con el bolso metido bajo la cabeza a modo de almohada. No tenía ni la menor idea de cómo había llegado hasta allí.

—¿Viste si se marchó con alguien? —Bri miró a sus amigas. Ambas menearon la cabeza despacio.

—Seguro que está bien —dijo titubeante Melanie—. Fijo que está con algún tío que conoció en la fiesta. Ya aparecerá.

—Pero prometimos que nos pondríamos en contacto al menos una vez al día. Lo *prometimos*. —La voz de Bri sonó más estridente de lo que había pretendido. Habían hecho un pacto por el camino: estarían atentas las unas de las otras sin importar lo que estuvieran haciendo o lo bien que se lo estuvieran pasando. La sensación de oscuridad y vacío que se había apoderado de sus tripas se agrandó aún más. Abrió la pantalla de los mensajes y escribió uno.

¿Dónde estás? Ven a desayunar con nosotras.

Responde YA.

Lo único que podían hacer era esperar. Lo más probable es que Melanie tuviera razón: Hayley habría perdido la noción del tiempo, igual que ellas. Estaría por ahí, en algún sitio, pasándose en grande. No obstante, cuando Leah y Melanie se levantaron para ir a desayunar, Bri se negó a acompañarlas con un gesto de cabeza y permaneció con el móvil aferrado en la mano. Se quedó sentada a solas en la

habitación del motel, tiritando de frío, pero demasiado cansada para cambiarse de ropa. Volvió a enviarle un mensaje a Hayley. Y otro más.

Déjate de CHORRADAS y responde, Hayley.

Nos tienes preocupadas. MÁNDAME UN MENSAJE.

Mira, si no sabemos nada de ti dentro de diez minutos, llamamos a la poli. Lo digo en serio.

Por favor, contesta.

Por favor.

CAPÍTULO 1

—¿Y qué me dice de esta?

Veronica Mars estaba sentada con las piernas cruzadas en una silla de plástico duro en la consulta de la neuróloga, subiendo y bajando sistemáticamente su bota motera mientras escuchaba el examen médico de su padre. Keith Mars, por su parte, estaba acomodado frente a una mesa baja, delante de la doctora, observando cómo esta iba dando la vuelta a las tarjetas mnemotécnicas una por una con movimientos reflexivos y pausados.

—Una carretilla —contestó sin vacilar. La doctora Subramanian no asintió ni negó con la cabeza; se limitó a dejar la tarjeta a su izquierda con cara de póquer.

La consulta de la neuróloga era fresca y estaba débilmente iluminada por el brillo acogedor de las lámparas de pie, en vez de por los típicos tubos fluorescentes que se encuentran en la mayoría de las consultas médicas. Allí siempre parecía que fuera media tarde. Veronica fingía estar absorta en un número de la revista *Redbook* de hacía cuatro meses y ojeaba de pasada un artículo titulado «Veinte regalos que hacerle a la anfitriona por menos de veinte dólares».

—¿Y esta?

—Un cocodrilo.

Veronica miró a su padre y después al bastón de titanio que tenía apoyado en la pierna. Habían pasado dos meses desde el accidente de coche que casi le costó la vida. Keith estaba reunido en el interior de un vehículo con el agente Jerry Sacks para tratar un asunto de corrupción interna en el Departamento del Sheriff cuando una camioneta arremetió contra ellos y dio media vuelta para rematarlos. Sacks murió y Keith escapó por los pelos: Logan Echolls lo sacó del coche antes de que explotara.

La historia oficial —o, al menos, la que el sheriff Dan Lamb le había ofrecido a los medios— era que Sacks se había dejado sobornar por un traficante local de metanfetaminas llamado Danny Sweet y que este había mandado la camioneta para deshacerse de él después de que el agente permitiera que tres de sus esbirros fueran arrestados por tráfico de drogas. Era una gilipollez, pero los medios no parecían dispuestos a profundizar más.

Desde la noche del accidente, Veronica se había empeñado en que su padre se desahogara y hablara del tema, pero Keith no tenía intención de soltar prenda y alegaba que era *su* caso, no el de ella. Casi se había convertido en una especie de juego entre ambos. Cada vez que ella intentaba tirarle de la lengua, preguntándole quién conducía, si Lamb, algún otro agente o persona, él esquivaba sus preguntas con aire distraído, le repetía que el asesino iba tras Sacks, no tras él, y la instaba a no remover más las cosas.

—Vela. Anillo. Paraguas —dijo Keith en voz alta. Veronica observó a su padre. Los intensos cardenales que habían florecido por todo su cuerpo habían desaparecido, pero las heridas graves (las

costillas rotas, la pelvis fracturada y el hígado desgarrado) aún no habían sanado del todo. También había sufrido una fractura en el cráneo, un hematoma subdural y una leve contusión cerebral; además, durante las semanas posteriores al accidente, sus tiempos de reacción se habían ralentizado. Durante los primeros días, una vez estabilizado, había tenido serias dificultades para recordar palabras y a veces vacilaba antes de arrancarse a hablar. Ahora, sin embargo, respondía con rapidez y rotundidad a las preguntas de la doctora Subramanian. Veronica se percató de que, con cada palabra que pronunciaba, se erguía un poco más en su asiento, como si al decir correctamente las tarjetas se estuviera curando a sí mismo.

—Muy bien, señor Mars. —La voz con acento oxoniense de la doctora sonó entrecortada pero complacida, y, mientras enderezaba los bordes de las tarjetas, le brindó una curiosa sonrisa.

Veronica soltó la revista.

—Y bien, ¿cuál es el veredicto, doctora? ¿Está como nuevo? ¿Podemos probarlo?

La doctora Subramanian se volvió para lanzarle una severa mirada por encima de sus gafas metálicas. Llevaba el pelo canoso recogido en un moño y Veronica habría jurado que lucía el tono de pintalabios «Sin Tonterías». Con todo, le caía bien.

—Decir que está «como nuevo» sería una exageración, pero estoy contenta con sus progresos. ¿Cómo van sus tiempos de reacción, señor Mars?

—Como un rayo —respondió Keith, fingiendo que se sacaba algo del bolsillo a toda velocidad.

—¿Cambios de humor repentinos? ¿Comportamientos extraños? ¿Incongruencias? —Se volvió hacia Veronica.

—No más que antes. —Veronica sonrió a su padre.

—Mmm. —La doctora Subramanian revisó el contenido de la carpeta que tenía en la mano—. ¿Y lo demás cómo va cicatrizando? Tuvo cita con el internista a principios de semana, ¿no?

—Sí, dice que no estoy para correr una maratón, pero que puedo sentarme tranquilamente a organizar papeles. Me gustaría volver al trabajo lo antes posible —continuó, alisándose la chaqueta. Desde que había salido del hospital, se empeñaba en ponerse camisas recién planchadas y corbata a diario, como si fuera a la oficina.

—Mmm. —La doctora abrió un sobre de papel manila, extrajo varias resonancias magnéticas granuladas y las puso en el negatoscopio. Luego lo encendió y cogió un puntero láser que pendía de un juego de llaves—. Bueno, esto ya está mucho mejor. La inflamación se ha rebajado casi por completo, como se ve aquí...

El alivio que Veronica sintió hizo que se le nublara la vista: la imagen del cerebro cicatrizante de su padre desapareció en un borrón miope. Se frotó discretamente los ojos. Ahora que estaba fuera de peligro, se daba cuenta de lo mucho que la aterrizzaba la idea de perder a su padre de buenas a primeras. Él era la única familia que tenía. Todas las mañanas se despertaba con un nudo en el estómago, esperando que las cosas volvieran a la normalidad.

Porque la «normalidad» era la clave. Sonrió. Su vida no había vuelto a ser normal desde que regresó a Neptune tras un paréntesis de nueve largos años, tranquilos y *normales*. Cuando era adolescente

soñaba con marcharse, con escapar de una ciudad gobernada por adinerados y corruptos, con huir de las heridas de su juventud. Y, aunque fuese por poco tiempo, lo había conseguido. Primero ingresó en Stanford y luego en la Facultad de Derecho de Columbia. La vida que se había forjado no pintaba nada mal: un modesto apartamento en Brooklyn a tiro de piedra de Prospect Park, una oferta de trabajo de Truman-Mann, donde tendría la oportunidad de aprender de los mejores abogados de Nueva York, y una relación estable con un chico monísimo y talentoso llamado Piz.

Y, sin embargo, lo había dejado todo. Había bastado una llamada de teléfono para que volviera a Neptune. Cuando Logan, su novio del instituto, fue acusado injustamente del asesinato de su ex, Veronica no dudó en dejar de lado su vida para regresar a casa y demostrar su inocencia. Había descubierto al verdadero asesino... y recuperado una parte de sí misma que creía perdida: esa pieza clave que demostraba que tenía madera de investigadora privada, no de abogada.

Y volvía a estar con Logan. Ahora era su... ¿qué? ¿Su «antiguo-nuevo novio»? ¿Su «amante»? ¿Su «novio por Skype»? ¿Su «amigo en la distancia con derecho a roce»? Fuera lo que fuese, sus e-mails se acumulaban en la bandeja de entrada. En ocasiones le enviaba cinco al día, breves y ocurrentes. Otras veces le escribía uno más largo y serio. Ella le respondía en tono ligero. Aquel siempre había sido su *modus operandi*: una broma, una pulla. Una manera de eludir sus sentimientos. Una manera de evitar que el continuo dolor de echarlo de menos fuera demasiado insoportable para seguir viviendo. Y,

sinceramente, ¿acaso había algo que decir que se acercara a lo que sentía en realidad?

Los momentos que habían pasado juntos antes de que él volviera a embarcar en su última misión naval habían sido los más apacibles que acertaba a recordar, a pesar de la ansiedad por lo de su padre. Había sido la primera vez que se sentía completa en mucho tiempo. Y entonces, en un abrir y cerrar de ojos, él volvió a marcharse.

—... así que me gustaría darle al menos dos semanas más, para estar segura del todo. Y luego, sí, si se lo toma con calma, puede empezar a realizar algunas tareas. —La voz de la doctora Subramanian regresó flotando—. Pero, señorita Mars, confío en que usted vigile que no se esfuerce más de la cuenta. Si ve que hace algo demasiado agotador, le doy permiso para mandarlo a casa.

—¿Has oído eso? —Veronica apuntó a Keith con el dedo—. Investigaciones Mars acaba de contratar a un nuevo becario: fotocopias, café y correo, amigo mío.

Él aplaudió:

—Llevo toda la vida esperando este momento.

Veronica forzó una sonrisa. A pesar de la broma, sintió una leve punzada en el pecho. Claro que se sentía aliviada por que su padre volviera pronto al trabajo: sabía lo importante que era para él. Cuando estaba en el instituto, solía trabajar en su agencia privada: Investigaciones Mars. Oficialmente, había sido su recepcionista. Extraoficialmente, se había encargado de todos los casos que su padre no podía asumir.

Pero ahora no sabía cómo sería volver a la oficina con él. ¿Se dividirían la habitación con una cinta como en aquel episodio de *Yo amo a Lucy*? ¿Habría espacio para meter otro escritorio? Se imaginaba uno rosa de juguete junto al de su padre con una pegatina en una esquina que rezara *Mi Primer Escritorio*, de Fisher Price, y a ella sentada con las rodillas en el pecho aporreando un ordenador de mentira mientras su padre la miraba con ternura.

Era ridículo. Ya habían trabajado juntos antes, pero ahora su padre no le perdonaba que hubiera abandonado su prometedora carrera en un bufete de abogados para perseguir a gigolós con el objetivo de su cámara. Durante los últimos meses, Keith había fingido que su hija estaba allí para ayudarlo durante su convalecencia, pero Veronica no había tardado en darse cuenta de que no quería que le contara nada del trabajo. Cada vez que mencionaba que había estado ocupada hasta tarde en una operación de vigilancia o que sacaba a colación algo curioso o extraño del caso que tuviera entre manos, él se quedaba callado y rehuía su mirada. Como si fuera vergonzoso para ambos.

Keith no comprendía por qué había vuelto. Y a veces ni ella misma lo sabía. Neptune seguía siendo la misma ciudad costera sucia y rutilante, como el típico ángel de bronce deslustrado de un cementerio. Pero, en cuanto empezó a trabajar en el caso de Logan, sintió que el deseo de investigar, de descubrir la verdad oculta bajo aquella red de mentiras, tiraba de ella como la resaca de las olas.

Al cabo de unos minutos, salieron a la calle. Hacía un día radiante. Veronica observó a su padre por el rabillo del ojo y se

percató de que tensaba la boca al bajar los tres escalones que conducían al aparcamiento. Keith Mars era un hombre bajito, fornido y casi calvo, salvo por la franja de pelo oscuro que le rodeaba la cabeza, si bien para el mediodía su prominente mandíbula solía verse teñida de una incipiente barba. «Parece un poli», pensó Veronica con una media sonrisa. Habían pasado ocho años desde que vistió el uniforme por última vez, pero a ella siempre le parecería un poli.

—¿Qué se siente al saber que pronto volverás a la carga?

Él golpeó el suelo irónicamente con el bastón.

—Sí, volveré... a pasitos renqueantes y minúsculos.

—Eh. —Le propinó un cariñoso codazo—. Si te portas bien, puede que hasta te deje limpiar la pecera.

El elegante BMW descapotable azul marino de Logan destacaba en un aparcamiento plagado de sedanes de tamaño medio. Había insistido en que se lo quedara mientras él estuviese fuera: «Estaré encerrado en una lata de sardinas gigante en el Golfo Pérsico durante seis meses. ¿De qué va a servirme?». Ella quiso protestar —aquel coche costaba más de lo que esperaba ganar en los próximos años—, pero lo cierto es que experimentaba un subidón de adrenalina cada vez que se montaba en él. Y no sólo porque el salpicadero se asemejara al de una nave espacial y la tapicería de cuero fuera tan suave como el culito de un bebé. Un ligero aroma, cálido y silvestre, impregnaba el asiento del conductor... las notas distantes del *aftershave* de Logan. Y cuando curvaba los dedos alrededor del volante, casi podía sentir sus manos bajo las suyas.

«Estás perdiendo facultades, Mars —se dijo mientras Keith se ponía el cinturón de seguridad—. Ya no puedes permitirte el lujo de actuar como una adolescente enamorada».

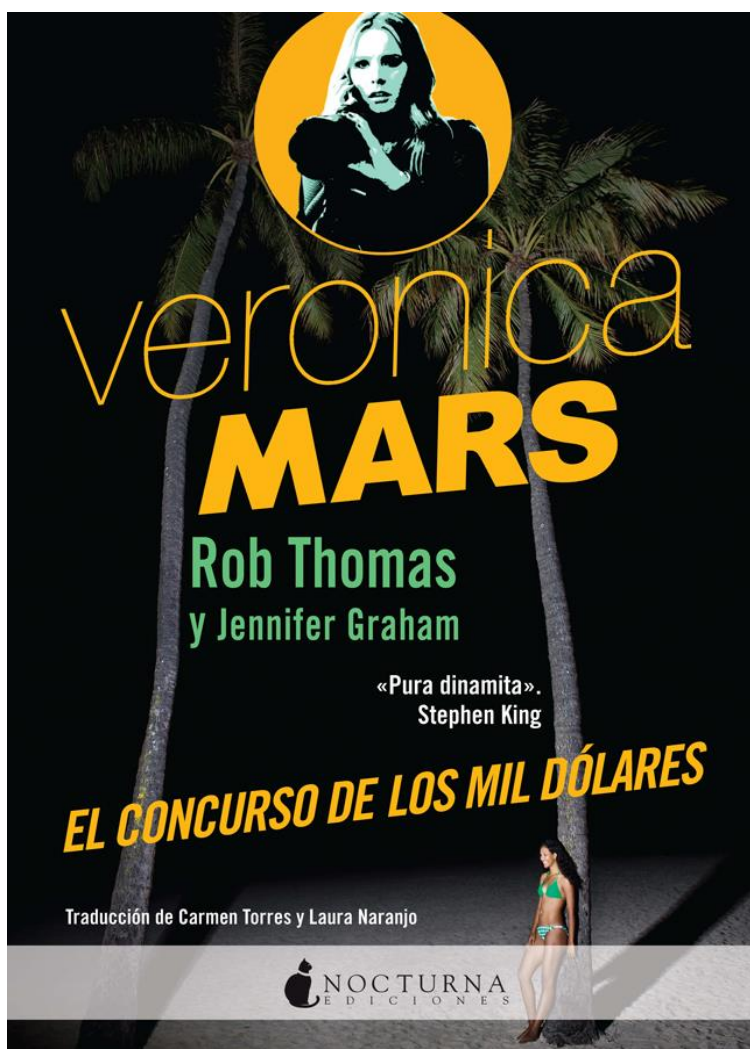
Además, ya habían pasado dos meses y medio... Sólo faltaban ciento doce días para que Logan volviera.

SIGUE LEYENDO

veronica **MARS**

EL CONCURSO DE LOS MIL DÓLARES

Rob Thomas y Jennifer Graham



ISBN: 978-84-944243-0-4 | PVP: 15,95 € | A la venta: 26-10-2015

 **NOCTURNA**
EDICIONES

www.nocturnaediciones.com